

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

3. El don del Espíritu

de Luigi Giussani*

LA EXPERIENCIA DE LO DIVINO

«Vosotros no podéis entender ahora. Cuando venga el Espíritu, Él os enseñará y os persuadirá de todo lo que os quiero decir»²⁹. Los apóstoles se habían encontrado casualmente con una realidad excepcional, fascinante, profundamente persuasiva: y la aceptaban, pero no se daban cuenta completamente de lo que significaba. De ella conservaban y respetaban las palabras, pero les daban a estas la medida de su concepción de las cosas, sin suponer lo que ocultaban dentro. Repetían las definiciones que Él daba de sí mismo, sin captar exactamente su misterio.

San Pablo pone una lúcida comparación. El animal se da cuenta de la presencia del hombre y reacciona a su comportamiento y a sus gestos. Y, sin embargo, no capta la realidad que hay encerrada en ellos, permanece al margen de la realidad que reflejan: no «comprende». El animal carece de la sonda para descender al abismo del pensamiento y del amor, no tiene el instrumento adecuado para captar el misterio de un mundo diferente: el animal carece del «espíritu» humano. Por eso le es extraño, aunque se acurruque a sus pies, se frote en sus piernas o le lama la mano: le falta la connaturalidad con el hombre. «Así —concluye san Pablo— tampoco la realidad divina puede captarla nadie fuera del Espíritu de Dios»³⁰. A Cristo le ha encontrado verdaderamente solo quien posee su Espíritu: «Si uno no tiene el Espíritu de Cristo no es de los suyos»³¹; por tanto es un extraño, un incapaz de descubrir su hechura íntima, su naturaleza secreta, alguien que no puede familiarizarse con Su misterio.

Sin el advenimiento de su Espíritu el hombre puede encontrar en Cristo a un tipo grande, una figura humana excepcional, rebelde a cualquier reducción categórica, tal vez extraña, irresistiblemente persuasiva para el común esperar de los sencillos, entusiasmante para la fresca enérgica de los hombres apasionados por la justicia, peligrosísima para las formas responsables de cualquier orden establecido: todo esto fue para sus contemporáneos. O bien puede ver en Él algo tan grande como para parecer quizá un mito dramático y conmovedor: y esto puede ser así por la escéptica desesperación del hombre de hoy. Pero, sin el advenimiento de su Espíritu, el hombre —los apóstoles o nosotros— se queda en el oscuro límite de estas perspectivas; para el hombre solo Cristo permanece como un rostro enigmático y misterioso.

Sin el advenimiento de su Espíritu, Él queda como otra llamada a la dolorosa espera humana, intensamente destacada entre el bosque de las otras voces, pero la clave interpretativa sigue todavía en el ambiguo límite de su corazón, en el melancólico límite del pensamiento del hombre.

De este modo Cristo es un nuevo objeto que afrontar, un nuevo riesgo que correr a ciegas, no un *nuevo* criterio, *otra* luz, finalmente *nueva*; porque toda la existencia consciente nos está gritando que el sentido de esta tierra nuestra está más allá del horizonte que vemos.

Así el encuentro con Cristo permanece en el angosto límite de la experiencia puramente humana; y la visión de la realidad —nuestra cultura— sigue condenada al extravío en el enig- »

²⁹ Cfr. Jn 16,12-13.

³⁰ Cfr. 1 Cor 2,11.

³¹ Rom 8,9.

* «Huellas de experiencia cristiana» en *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 83-91.

» ma del ser y del destino, no liberada de su impotencia, no «redimida».

Pero un día «factus est repente de caelo sonus tamquam advenientis spiritus vehementis et replevit totam domum ubi erant sedentes, et repleti sunt omnes Spiritu Sancto»³².

Entonces, de improviso, comprendieron quién era aquel hombre al que habían seguido.

La experiencia de su encuentro con aquel Hombre, de su larga convivencia con Él —apasionada, ansiosa, incierta—, de repente se plasmó en otra experiencia, absolutamente imprevista, desconcertante: la experiencia de la realidad divina, el encuentro, la convivencia con Dios, luminosa, segura, fuerte.

Cristo así presente, así de concreto para nosotros, siendo uno de nosotros, es al mismo tiempo el «más allá» que resuelve el enigma de la existencia. Cristo es el sentido de la historia y el Señor del universo. Cristo es el punto de vista que explica todas las cosas. La experiencia de Pentecostés constituye el advenimiento de la *cultura cristiana*: el descubrimiento definitivo de la «luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo»³³.

El primer gesto que recuerdan los Hechos de los Apóstoles es la primera gran afirmación de esta nueva cultura, de esta nueva y definitiva visión de la realidad «no revelada por la carne ni por la sangre, sino por el Padre que origina todas las cosas»³⁴. Inmediatamente, en efecto, frente a gente venida de todas las partes del mundo de entonces, Pedro anuncia el descubrimiento de Cristo como la clave del plan de Dios. Es el grito inexhausto de esta toma de conciencia, el gran testimonio que penetra en el mundo y en la historia desde cada palabra de la primera predicación cristiana.

Toda la experiencia humana queda iluminada desde el punto de vista de Dios. Es el anuncio del criterio definitivo de la verdad: el advenimiento de la cultural definitiva.

LA EXPERIENCIA DEL DON

La comunicación del Espíritu de Dios se llama en la liturgia «donum Dei Altissimi». No es un darse cuenta humano, una humana conquista; ni siquiera es una previsión humana, y mucho menos un derecho humano: es puro *don*.

De modo que la llegada del Espíritu de Dios a nosotros es un puro acontecimiento, una sorpresa total: un don absoluto.

Solo hay algo comparable: la gratuidad abismal de nuestro mismo ser, de nuestra misma existencia.

Pero no sería don una cosa de la que no se nos diera su significado. Nosotros no reconoceríamos como dones la vida y el universo si no esperásemos la revelación de su sentido.

Por eso el Espíritu de Pentecostés es el Don por excelencia: porque es Él quien nos arrastra hacia dentro del misterio de Cristo, haciéndonos penetrar en la experiencia de esa Persona que explica toda nuestra realidad y la resuelve. «Fides mundi lumen». Con el advenimiento de este Don la soledad humana se disipa. La experiencia humana ya no es una impotencia desoladora, sino una conciencia y una capacidad enérgica, como indica el fuego que fue signo de la venida del Espíritu: «Fortiter et suaviter»³⁵.

La oscuridad temerosa de la conciencia de los apóstoles se transforma en una lucidez animosa (véanse sus primeros encontronazos con las autoridades civiles y religiosas).

La existencia se llena de una inmensa certidumbre: «Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe»³⁶.

Ellos ya no están solos, pues experimentan la promesa de Cristo: «No os dejaré huérfanos»³⁷.

³² *Vulgata*, Hch 2,2.4.

³³ Jn 1,9.

³⁴ Cfr. Mt 16,17; Jn 1,13.

³⁵ *Vulgata*, Sab 8,1. Cfr. Hch 2,3ss.

³⁶ 1 Jn 5,4.

³⁷ Jn 14,18.

» Verdaderamente el hombre ya no está solo, porque de ahora en adelante el grito más auténtico de su lucha existencial es el de san Pablo: «Todo lo puedo ahora en Aquel que me sostiene»³⁸. No es que el hombre pierda sus limitaciones y enfermedades; es que Otro acompaña al hombre «como gigante en su camino»³⁹. Una nueva existencia se abre paso: y en la fuente de esta «nueva criatura» que nace en las frágiles venas humanas se inserta misteriosamente el impulso irresistible de la presencia de Dios. La fuerza del hombre reside en Otro, su certidumbre radica en Otro: la existencia es un diálogo profundo, la soledad queda abolida en la misma raíz de cada momento de la vida. Existir es ser amados, definitivamente —«El es fiel a Su amor»—, y abandonarse a este amor, también definitivamente: «Para mí el vivir es Cristo»⁴⁰.

La existencia humana es una amistad inagotable y omnipotente.

LA COMUNIDAD NUEVA

La soledad, tal como la hemos descrito, une al hombre con los demás, y le familiariza con ellos en la experiencia de la necesidad universal; la comunidad que surge así de ella es como la única experiencia de abrigo, de dulzura pasajera, de seguridad concreta para gente desorientada.

Los intentos de remediar todo lo que sentimos que nos falta consisten en un trabajo ansioso, de resultados ambiguos y frágiles, que cada generación se atormenta en denunciar y cambiar, cuando, como a menudo sucede, «la ira de buscar su vacío»⁴¹ impulsa al hombre a desconsideradas impaciencias, a violencias amargas, a presunciones trágicas. La civilización humana crea de este modo comunidades con tramas tan precarias e ilusorias que parecen trampas en lugar de huellas para seguir el camino real.

La superación de la soledad en la experiencia del Espíritu de Cristo no junta simplemente al hombre con los demás; lo abre de par en par a ellos desde la profundidad de su ser.

La verdadera vida del hombre, el sentido de la existencia de cada uno, es Cristo. La vida y el sentido de todos es una sola realidad: «Yo soy la vid y vosotros los sarmientos»⁴². La comunidad se convierte en algo esencial para la vida misma de cada uno. La solidaridad humana se transforma en Iglesia. El «nosotros» se convierte en plenitud del «yo». «Sabemos, hermanos, que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos»⁴³, escribe san Juan a los primeros cristianos.

Una unidad tan absolutamente imprevisible como indisoluble hace de la Iglesia la redención de la comunidad humana, el ideal realizado de la comunidad. «Que todos sean una sola cosa. Como Tú, Padre, estás en mí y yo en Ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado»⁴⁴.

La certidumbre del camino y la fuerza del Espíritu animador producen en dicha comunidad una conciencia sin pausa («deberéis dar cuenta de toda palabra ociosa»)⁴⁵, una laboriosidad indomable (meditemos nuevamente la parábola de los talentos) donde la dedicación llega hasta la muerte («el buen pastor da la vida por sus ovejas»)⁴⁶. Una fecundidad y una intensidad de obras expresan el orden íntimo que urge desde lo profundo la vida de la comunidad nacida del advenimiento del Espíritu: «Yo te conjuro delante de Dios y delante del Señor Jesús que vendrá a juzgar a vivos y muertos por su aparición y por su reino: anuncia la Palabra, »

³⁸ Flp 4,13.

³⁹ Cfr. Sal 19 (18),6.

⁴⁰ Flp 1,21.

⁴¹ G. Pascoli, «Il libro», de *Primi poemetti*, en *Poesie*, Garzanti, Milán 1994, p. 329.

⁴² Jn 15,5.

⁴³ 1 Jn 3,14.

⁴⁴ Jn 17,21.

⁴⁵ Cfr. Mt 12,36.

⁴⁶ Jn 10,11.

» insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta; con incansable paciencia y con la preocupación de instruir»⁴⁷. Esta vigilante pasión por el tiempo, por las cosas, por las personas, crea una nueva convivencia de los hombres entre ellos y con las cosas. *La comunidad cristiana inexorablemente crea una nueva civilización.*

Y cuanto más precisa es la fidelidad al Espíritu de Cristo, más se experimenta la trama de esta civilización como un conjunto de caminos ideales y definitivos.

El encuentro con cualquier comunidad cristiana que trate decididamente de vivir en el nombre de Cristo muestra inevitablemente un modo de convivencia, un clima y un ritmo humano tan distinto del usual que no puede dejar de impresionar a quien lo observa como algo nuevo, extraño, desconcertante, como un ideal humano.

AUTORIDAD ÚNICA

La autoridad suprema es aquella en la que encontramos el sentido de toda nuestra experiencia: Jesucristo es esta autoridad suprema, y su Espíritu es quien nos lo hace comprender, abriéndonos a la fe en Él y a la fidelidad a su persona.

«Como el Padre me ha enviado a mí, así os envío yo»⁴⁸: los apóstoles y sus sucesores (el Papa y los obispos) constituyen en la historia la continuidad viva de la autoridad que es Cristo. Mediante su dinámica sucesión en la historia y su extensión por el mundo, el misterio de Cristo es propuesto sin descanso, clarificado sin errores, defendido sin compromisos. Ellos constituyen, pues, el lugar donde la humanidad puede alcanzar el verdadero sentido de su existencia, con profundidad creciente, como en una fuente segura y continuamente nueva.

Lo que el genio es al clamor de la necesidad humana, o el profeta al grito de la humana espera, son ellos al anuncio de la respuesta. Pero igual que la respuesta auténtica es siempre incomparablemente más precisa y concreta que la espera –inevitablemente vaga o sometida a ilusiones– así son ellos, como roca definitiva y segura: infalible. «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»⁴⁹.

Su autoridad no solo constituye el criterio seguro para esa visión del universo y de la historia que es la única que explica a fondo su significado, sino que también es estímulo vivo y tenaz para una verdadera cultura, sugerencia incansable de una visión de conjunto, condena inexorable de cualquier exaltación de lo parcial e idealización de lo contingente, esto es, de todo error y de toda idolatría. Su autoridad es, por tanto, la guía última en el camino hacia una genuina convivencia humana, hacia la *verdadera civilización*.

Cuando esa autoridad no está viva y vigilante, o es combatida, el camino humano se complica, se hace ambiguo, se altera, se desvía hacia el desastre; aunque su aspecto exterior parezca potente, florido, sagacísimo, como sucede hoy día. Donde esa autoridad es activa y respetada, el camino de la historia se renueva con seguridad y equilibrio hacia aventuras más profundas de genuina humanidad; y eso aunque las técnicas de expresión y convivencia sean rudimentarias y duras.

Conviene subrayar una observación importante. Fue el don del Espíritu el que evidenció a los apóstoles el valor que tiene Cristo como «Camino, Verdad y Vida»⁵⁰, y eso es lo que posibilitó en ellos aquel abandono consciente y luminoso que constituyó la raíz de su irresistible coraje y de la vehemente seguridad con que afirmaron a su Maestro frente a la cultura y civilización de entonces.

Todavía hoy es el don del Espíritu lo que permite descubrir el significado profundo de la autoridad eclesial como orientación suprema para el camino del hombre; he aquí de dónde nace ese último abandono, esa obediencia consciente a ella, porque ya no es esa autoridad el lugar de la Ley, sino el lugar del Amor. Fuera del influjo del Espíritu uno no puede »

⁴⁷ 2 Tim 4,1-2.

⁴⁸ Jn 20,21.

⁴⁹ Mt 16,18.

⁵⁰ Jn 14,6.

» comprender la experiencia de esa devoción definitiva que liga al «fiel» con la autoridad, devoción que se afirma a menudo en la cruz de la mortificación de una genialidad o un plan de vida personales.

De todo lo que hemos meditado un poco más arriba podemos también concluir, por tanto, que sin el don del Espíritu el hombre no sabe reconocer a los maestros de la verdadera civilización, y la humanidad no encuentra la fuerza y la sabiduría necesarias para poder construir un camino unitario, equilibrado y luminoso.

«PADRE NUESTRO»

Fruto supremo de toda esta renovación traída por el don imprevisible del Espíritu es que el hombre se vuelve capaz de nuevas palabras y nuevos gestos.

La palabra y el gesto son la expresión del modo en que el hombre ve, siente, afronta y se compromete con la realidad.

La urgencia de las necesidades humanas, los inagotables intentos de satisfacerlas, la inevitable e intolerable perplejidad final, todo ello inspira, plasma y suscita continuamente el clamor de la palabra humana o el compromiso del gesto humano: clamor y compromiso tan exigidos por la naturaleza como inciertos e imprecisos en sus términos, cuando la violencia no les añade además la fijación o la obtusidad morbosa de la locura. El hombre tiende y aspira, pero no sabe a qué. El don del Espíritu y el descubrimiento y la aceptación de Cristo como centro de todas las cosas otorgan, finalmente, al compromiso del hombre –a su palabra y su gesto– términos definitivos, una conciencia que satisface la disposición de la razón y cumple la premisa para una libertad plena, al tener un objeto preciso y sin ambigüedades.

La oración cristiana es el nuevo clamor, «la palabra redimida». «Nosotros no sabemos lo que debemos pedir: es el Espíritu el que nos lo sugiere... Y nos hace gritar: “Abba, Padre”»⁵¹.

La observación de san Pablo nos recuerda ese estupendo documento humano y cristiano que es la primera parte del capítulo XI de san Lucas: «Un día, a solas, Él rezaba. Cuando hubo acabado, uno de sus discípulos le pidió: “Señor, enséñanos a orar, como Juan ha enseñado a sus discípulos”. Él les dijo: “Cuando oréis decid: ‘Padre, que Tu nombre sea santificado, venga a nosotros Tu reino, danos hoy el pan de cada día; perdónanos nuestros pecados porque también nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación’”. Y añadió: “Si uno de vosotros tiene un amigo y viene a él a medianoche y le dijera: ‘Amigo, préstame tres panes, pues un amigo mío ha llegado de viaje y no tengo qué darle’. Y él, respondiendo desde dentro, le dijese: ‘No me molestes; la puerta está ya cerrada y mis niños están conmigo en la cama; no puedo levantarme a dártelos’. Yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por su desvergüenza se levantará y le dará cuanto necesite. Os digo, pues: pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, y quien busca halla, y al que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, si su hijo le pide un pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará, en vez del pez, una serpiente? ¿O si le pide un huevo le dará un escorpión? Si vosotros, pues, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que lo piden?”»⁵².

La aspiración del hombre se traduce en un «tú» personal, conocido y preciso como el de nuestra madre, y en una petición clara, exhaustiva, con plena conciencia de la relación que media entre los términos del diálogo: «Padre nuestro... venga Tu reino... perdónanos nuestras deudas... líbranos del mal...»⁵³. «Nadie puede decir: “Señor Jesús”, sino en el Espíritu Santo»⁵⁴.

⁵¹ Cfr. Rom 8,15.26.

⁵² Lc 11,1-13.

⁵³ Mt 6,9-10.

⁵⁴ 1 Cor 12,3.

» Y la redención del gesto es el *Sacramento*.

Con él nuestro compromiso existencial no corre ya el grave peligro de emborracharse o de pervertir su rumbo al intentar alcanzar la realidad genuina mediante la entrega afanosa a la apariencia de las cosas; en el gesto sacramental, el signo sensible que compromete al hombre le conduce con seguridad inefable a tocar la realidad divina. De ahí que ningún gesto humano realice con tan tranquila plenitud esa aspiración que empuja al hombre a la acción.

Hay una consecuencia maravillosa de esta redención de la palabra y del gesto humanos; y es que la dimensión comunitaria nace en el corazón mismo de la palabra nueva y del gesto nuevo, de la oración y del sacramento; de tal modo que ya no se puede hacer una verdadera petición a Dios o un auténtico compromiso con Él que no estén al menos implícitamente abiertos a toda la comunidad de su reino. La apertura comunitaria determina la verdad de la palabra y la justicia del gesto de cada cual. «Cuando oréis lo haréis así: “Padre nuestro, venga Tu reino”». «Todos nosotros somos una sola cosa pues participamos del mismo pan»⁵⁵.

La impotencia para ser felices constituye en nuestro camino común la sugerencia más aguda para vivir juntos. Pero, mucho más profundamente, nos hace descubrir que somos una misma cosa la revelación de que la felicidad de cada uno es una Realidad común a todos: «Idem Spiritus... idem Dominus... idem Deus».

La *liturgia* es la expresión mayor de la novedad de oración y de gesto que el Espíritu permite al hombre.

La liturgia da su forma suprema a la comunidad terrena, donde cada uno es valorado en toda su plenitud precisamente por la aceptación de la comunión universal de los hijos de Dios, y donde hasta la naturaleza material –el tiempo y las cosas– es asumida en un gesto único que verdaderamente representa el comienzo de esa redención de la misma naturaleza física de la que habla san Pablo: «Nosotros sabemos que en realidad, hasta aquel día, toda la creación gime como con dolores de parto»⁵⁶.

Por esta plenitud suya, la liturgia se convierte en el único lugar de genuina y completa educación para recibir el Espíritu y seguir su acción transformadora.

Recordamos que se pueden enviar preguntas y testimonios a la página web <http://eventi.comunioneliberazione.org/gscontributi/>

⁵⁵ Cfr. Lc 11,2; 1 Cor 10,17.

⁵⁶ Rom 8,22.